

Nueva Sociedad Nro. 155 Mayo-Junio 1998, pp. 37-53.

La Ciudad de las Damas. Teorías y prácticas feministas

July Edith Chaneton

July Edith Chaneton: licenciada en Letras; especialista en estudios de género; docente e investigadora de la Universidad de Buenos Aires.

Palabras clave: ciencias sociales, feminismo, estudios de género.

Resumen:

En este trabajo se reseña la constitución relativamente reciente de los estudios feministas. Asimismo, las relaciones entre las teorías y las prácticas políticas del movimiento, etapas, debates y desplazamientos en la construcción de categorías. Finalmente se comentan algunos de los rasgos que conlleva una inscripción institucional paradójica como la del feminismo académico y las respuestas de varias autoras.

En 1405, Christine de Pisan escribió el *Libro de la Ciudad de las Damas* con el fin de intervenir como mujer en las disputas entre los escritores varones acerca de la «naturaleza femenina». En el texto, personajes alegóricos femeninos como La Razón, La Rectitud y La Justicia refutaban los más consolidados e irracionales argumentos misóginos denominándolos «arbitrarias ideas fabricadas». Dama de la corte y feminista *avant la lettre* –nótese cómo la autora ya conceptualiza el carácter históricamente construido del género–, De Pisan presenta como heroína a Christine, su *alter ego*, que agobiada por el sentimiento de pertenecer a un sexo tan vilipendiado por los más lúcidos y reconocidos eruditos de su tiempo, se pregunta qué hacer. «¡Levántate, hija mía! –contesta La Razón–. Sin más dilación vayamos al Campo de las Letras. Allí se fundará la Ciudad de las Damas»¹. Para poder construir la ciudad-refugio sobre cimientos estables será necesario que *Christine* se sirva de una pala y limpie el terreno, eliminando las difamantes falsedades que los hombres llamados sabios han propagado acerca de las mujeres. La ciudad está protegida por altos muros en los que cada piedra simboliza la vida de una mujer ejemplar.

En la poética ciudad amurallada de De Pisan no solo están ya los rasgos distintivos de una práctica feminista que continúan vigentes, sino también la necesidad todavía largamente justificada de afirmar y afirmarse dentro de los

¹ Acerca de las *querelles de femmes* y la figura de Christine de Pisan, v. Bonnie Anderson y Judith Zinsser: *Historia de las mujeres: una historia propia*. Crítica, Barcelona, 1991, pp. 388-399.

límites de unas áreas o departamentos desde los cuales recorrer los horizontes del saber, es decir, el Campo de las Letras, desde un punto de vista –la vista, sobre todo– crítico diferenciado. Tenemos en ese relato, por ejemplo, la necesidad de construir una *ciudad nueva* en la que se pueda reconocer el gesto fundacional y moderno, la novedad feminista en la cultura y el pensamiento occidental. Está allí la exhortación para la acción política en la voz de La Razón –tan ligada a la moderna constitución histórica del feminismo– y su discurso defensivo dando respuesta a una situación previa injusta que es su motivación, que le da sentido y orientación.

La nueva ciudad se funda en pleno territorio del saber androcéntrico –*dentro* del perímetro del Campo de las Letras– lo cual significa reconocer que la construcción de los muros es contingente y momentánea porque nadie escapa a la cultura, ni siquiera en las alegorías renacentistas (y hay que admitir desde el vamos que todo pensamiento crítico deberá producirse al menos con una parte de las herramientas conceptuales disponibles y dentro de los límites históricos dados, por muy incómodos que se presenten para los sujetos en cuestión). Finalmente están las piedras-metáfora de De Pisan, esas vidas de mujeres que, ejemplares o comunes, representan el valor otorgado a lo vivido y la importancia central del concepto de *experiencia* que, entendida como práctica, recorre la historia de los estudios feministas funcionando como refugio, memoria, fuente de conocimiento e impulso ético y político.

Ya que en definitiva persiguen la justicia de género en las relaciones sociales, las prácticas de conocimiento feministas son valorativas y normativas. Esa es la razón por la cual se encuentran siempre en situación de desafío respecto a la teoría tradicional y de exaltación del conocimiento neutral. Incluso hoy, cuando esta teoría se encuentra tan jaqueada por la posición antihumanista llamada posmoderna, aun así el discurso crítico feminista continúa encontrando motivos para renovar las batallas en el campo del conocimiento y la cultura.

Política de la identidad

Los espacios académicos específicamente dedicados al estudio de la condición social de las mujeres y a la crítica de los presupuestos sexistas en las ciencias humanas surgieron a fines de los años 60 y comienzos de los 70, primero en las universidades norteamericanas más permeables al activismo y las presiones de los movimientos sociales de liberación.

La novedad en los claustros se enmarcaba en lo que se conoce como feminismo de «segunda ola», en referencia al resurgimiento del feminismo como movimiento social –si se entiende por «primera ola» las luchas por el derecho a votar de las mujeres que las sufragistas iniciaron en el siglo pasado.

En la segunda posguerra se había logrado el voto femenino en casi todas las sociedades democráticas, y son las nuevas condiciones de existencia de las mujeres (mayor inserción en la esfera pública laboral, mayores niveles de

escolarización, liberación de la vida sexual por el acceso a la novedosa tecnología anticonceptiva y otros cambios culturales) las que hacen posible el surgimiento del colectivo como nuevo sujeto social plural capaz de generar autocomprensión sobre su propio devenir histórico.

A la primera etapa en la constitución de las áreas universitarias especializadas corresponde la denominación *Women's Studies* (también *Feminist Studies*) que en ese contexto histórico y por las características de la lengua inglesa proclamaba una connotación política de efecto instituyente: replicar como un eco el sintagma *Women's Lib* y al mismo tiempo reponer en la escena académica la presencia del sujeto /objeto de estudio denegado por la ciencia considerada androcéntrica. *Women's Studies* significa «estudios sobre las mujeres» y al mismo tiempo «estudios de las mujeres» realizados por académicas comprometidas con el cambio social.

Nuevos temas como 'violencia masculina', 'sexualidad' y 'reproducción', relativos a la vida cotidiana y extraños al contexto universitario, llegaron a los programas interdisciplinarios provenientes de los grupos de reflexión extra-académicos en donde mujeres –especialmente de clase media– desarrollaban prácticas de concientización a partir de la experiencia de género compartida. Descubrían lo que tantas mujeres continúan advirtiendo en el «darse cuenta» de la conciencia y en la manifestación de múltiples «males» o indefinidos desajustes subjetivos: la distancia que hay entre el camino propio y el ajeno, entre el deseo y las constricciones sociales. En 1963, Betty Friedan lo expresaba así:

Existía una extraña discrepancia entre la realidad de nuestras vidas como mujeres y la imagen a la que tratábamos de ajustarnos, la imagen que yo comencé a llamar la mística femenina. Me preguntaba si otras mujeres enfrentaban también esta división esquizofrénica y qué significaba.²

La urgencia por armar una escena para la lucha, condujo por un lado a tratar de estabilizar conceptualmente el término antagonista: el patriarcado, es decir, la forma estructural de dominación masculina. «Sisterhood is powerfull» fue uno de los lemas de este primer momento de cohesión en el que era necesaria una política de identidad desde la cual acumular fuerza, lo cual llevó a enfatizar sistemáticamente aquello que las mujeres tienen en común en tanto afectadas por la subordinación, opacando al mismo tiempo las diferencias *entre* ellas tanto como la diversidad de intereses vinculados con otros ejes de poder del entramado social. En los años 80, llega entonces el examen crítico –en lo académico y en el movimiento social– de la fraternal e ilusoria homogeneidad.

Desde los márgenes

Como parte de este giro autorreflexivo, es la misma enunciación feminista la que comienza a ser desestabilizada desde el interior del movimiento. Revisión impulsada por las mujeres «periféricas» como las feministas latinas, negras y las

² Betty Friedan: *La mística de la feminidad*, Plaza y Janes, Barcelona, 1975, p. 12.

lesbianas³. Muchas de ellas apuntan al problema de la representación política en el discurso feminista, y en particular señalan el modo como el feminismo liberal las excluye con su apelación a un sujeto de derecho universal. En consecuencia, enfocan estas contradicciones en el cruce preciso del género con otras diferencias sociales como las de clase, etnia y opción sexual.

La crítica que desarrolla Bell hooks a la conceptualización del poder como dominación involucrada en las propuestas de liberación de las feministas blancas de clase media, resulta un buen ejemplo de este momento. En opinión de esta autora esa búsqueda de autonomía adquiere especial sentido en relación al contexto de clase media en el que la mayoría de las mujeres crece, viviendo bajo la protección –y por lo tanto dependencia– de algún varón como el marido, el padre o un hermano que disponga de estabilidad social y económica. Es necesario tener en cuenta la importancia de ese factor para comprender por qué la libertad de decisión y control respecto a sus vidas les resulta de vital interés.

La situación es muy distinta para las mujeres de clase baja, quienes muy raramente dependen de otros para sus decisiones y para su sustento. Sus vidas transcurren en la lucha por la supervivencia, lo cual les otorga una posición diferente respecto al modo en que influyen sobre los miembros de sus familias y hacia los otros en sus comunidades. El gran esfuerzo con el que sobrellevan las adversidades cotidianas es también fuente de desarrollo de capacidades vinculadas con el poder, como la toma de decisiones, la resolución de conflictos, el control, en fin, de sus vidas. Todo esto les ofrece también una experiencia de sí y un fortalecimiento de su autonomía que, a pesar de los altos costos personales, resulta positiva⁴.

Podrían entonces convertirse en modelos para las mujeres que buscan tener esa confianza en sí mismas. Sin embargo, según la radical bell hooks:

Las mujeres pobres y de clase trabajadora no se convirtieron en modelos para las mujeres blancas burguesas porque no fueron vistas por ellas como ejerciendo formas de poder valoradas en esta sociedad. En otras palabras, su ejercicio de la fuerza no era sinónimo de poder económico. Su poder no está conectado con la dominación o el control sobre otros y esta es la forma del poder

³ Gloria Alzandúa y Cherrie Moraga (eds.): *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, Persephone, 1981; Barbara Smith (ed.): *Home Girls: A Black Feminist Anthology*, Women of Color Press, Nueva York, 1983; tb. Audre Lorde, Elizabeth Spelman, Chandra Talpade Mohanty, Gayatri Spivak y Adrienne Rich: «*Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence*» en *Signs* vol. 5 N° 4, 1980, pp. 578-581; tb. la francesa Monique Wittig.

⁴ Es el caso de las llamadas jefas del hogar, que en Argentina registra una tendencia en aumento: pasó de un 16,5% a un 22,2% en 1991. En el conurbano bonaerense, sobre el total de hogares se aprecia un aumento del 18,9% en 1980 a 23,1% en 1993, siendo la progresión más rápida entre los hogares pobres que entre los no pobres (Susana Torrado: «Informe sobre mujer y pobreza» en *Situación de la mujer en la República Argentina*, Consejo Nacional de la Mujer, Buenos Aires, 1995).

que a muchas mujeres burguesas intriga y fascina. Esta es la forma de poder que ha aparecido en las organizaciones feministas.⁵

Al mismo tiempo que en el movimiento se están produciendo estas críticas, en los espacios académicos surge una nueva denominación, «Gender Studies» o Estudios de Género, que incluye a las mujeres –pero sin nombrarlas– como una estrategia para favorecer la aceptabilidad científico-académica por medio de una etiqueta que se presenta correcta y a la vez moderada debido a su inmediata –aunque no necesaria– neutralidad política. Este sistema de denominaciones, en español ‘estudios de la mujer –estudios feministas– estudios de género’, continúa produciendo controversias. Muchas feministas desconfían del uso estratégico de ‘género’, categoría a la que asocian con una pérdida del poder transformador del feminismo y a una posible integración al orden androcéntrico dominante.

A mi modo de ver, la experiencia –y la teoría del discurso– ha demostrado que la utilidad de las opciones para las metas del feminismo no depende tanto de las denominaciones como de las prácticas discursivas que se pongan en juego en cada lugar y situación. El calificativo de ‘feminista’ en sí mismo no es garantía de nada, todo dependerá del contexto y sus usos en el agenciamiento. Lo mismo sucede a la inversa con la presunta disolución del feminismo en el término ‘género’.

En Argentina, por ejemplo, el calificativo de ‘feminista’ conserva todo el peso de los prejuicios y estereotipos previsibles. Y aunque el tema merece investigación y reflexión, respecto a los términos y sus relativos contextos de uso, puede presentarse a modo de ilustración el caso suscitado en torno no a ‘feminismo’ sino a ‘género’, convertida en una palabra subversiva para un gobierno muy sensible a las presiones de la Iglesia católica. En junio de 1995, el Ministerio de Educación modificó en forma repentina y silenciosa los contenidos de los programas de educación preescolar y primaria, provocando las renunciadas masivas de reconocidos/as especialistas que unos meses antes habían sido convocados para reformar la curricula incluyendo nuevas áreas como derechos humanos, ética y ciudadanía, medio ambiente, etc. Los cambios afectaron los programas en un sentido conservador, según orientación ideológica por momentos premoderna, sustituyendo por ejemplo «la naturaleza racional y libre de las personas» por «la naturaleza física, psíquica y espiritual», o tachando «grupos familiares (distintos tipos de familia)» y poniendo en su lugar «un solo modelo de familia de carácter 'natural'»; asimismo, se suprimieron las referencias a Lamarck y Darwin cuando se explicaba la diversidad de la vida.

El enfoque de género se había incorporado a lo largo de todas las áreas curriculares⁶, pero se suprimieron las menciones a la «discriminación por motivos

⁵ Bell hooks es autora de *Feminist Theory. From Margin to Center*, South End Press, Bostón, 1984. La cita está tomada de la traducción del cap. 6 en Silvia Chejter (comp.): *El sexo natural del Estado*, Nordan, Montevideo, 1992, p. 166.

⁶ Llevado a cabo por el Priom (Programa Nacional de Igualdad de Oportunidades para la Mujer) que en 1991 organizó, en el marco de ese Ministerio, la renunciante -junto con todo el equipo-

de género»; se excluyó «sexualidad»; y donde decía, por ejemplo, «sensibilidad y respeto hacia los seres vivos» ahora dice «sensibilidad y respeto a la vida humana desde la concepción». Los fantasmas entrevistados por detrás de las «relaciones de género» parecen ser los de un presunto libertinaje en materia de opción sexual, la degradación de la institución familiar y la siempre temida y resistida discusión pública acerca del grave problema social del aborto⁷. Por entonces, el Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam) había ya declarado la guerra al concepto de género y a la Conferencia Mundial de Mujeres en Beijing que se realizó meses después.

Como se ve, la variación en las denominaciones «públicas» de los estudios de la mujer, de género o feministas, forman parte de luchas simbólicas en escenarios que van más allá de las universidades y no solo reflejan los vaivenes políticos de una inscripción institucional problemática, sino que además dan cuenta de otras movilizaciones, no menos complejas, que tienen lugar en los desarrollos diversos y multidisciplinares de la teoría feminista.

Recorridos e intersecciones

El proceso de conformación de un cuerpo teórico feminista se inicia con el testimonio recolectado acerca de las desigualdades, con la reescritura de la historia⁸, la crítica y revisión del canon literario⁹ y más tarde la crítica de los discursos científicos¹⁰. A partir de esos materiales, las antropólogas, sociólogas, críticas literarias, filósofas y psicoanalistas comenzaron a desarrollar contextos explicativos en torno de los emergentes de la discriminación y sobre todo del *por qué* de la opresión. Muchas de las conceptualizaciones se producen como extensión de teorías y disciplinas existentes, todas ellas ciegas respecto a la diferencia sexual, a la que ahora servían de iluminación.

Respecto a las relaciones entre capitalismo y el llamado patriarcado, se planteó que ambos sistemas se reforzaron recíprocamente en la separación moderna de las esferas pública de la producción masculina y privada de lo doméstico-

Gloria Bonder, especialista en estudios de género y directora de la Carrera de Posgrado de esa área en la Universidad de Buenos Aires.

⁷ En Argentina el aborto séptico clandestino es causa de un tercio de las muertes maternas; v. Susana Checa y Martha I. Rosenberg: *Aborto hospitalizado. Una cuestión de derechos reproductivos, un problema de salud pública*. Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1996.

⁸ Sheila Rowbotham: *Hidden from History: Rediscovering Women in History From the 17th Century to the Present*, Vintage Books, 1974; Gerda Lerner: *The Majority Finds its Past. Placing Women in History*, Oxford University Press, 1981; en español, v. (en especial el trabajo introductorio de la compiladora) Nash, Mary (ed.): *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*. Serbal, Barcelona, 1984.

⁹ Un clásico libro es Sandra Gilbert y Susan Gubar: *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*, Yale University Press, New Haven, 1979; un texto introductorio muy útil, en particular con respecto a la influencia del psicoanálisis francés, es Toril Moi: *Teoría literaria feminista*. Cátedra, Madrid, 1988.

¹⁰ Harding y Merrill Hintikka (eds.): *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics. Methodology and Philosophy of Science*, Reidel, Dordrecht, 1983; Evelyn Fox Keller: *Reflexiones sobre género y ciencia* [1984], Edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 1989.

femenino-reproductivo. La categoría de clase es inseparable de la de género para comprender el hecho de ser mujer o varón dentro de una sociedad determinada. Es decir, que la posición de clase de la mujer así como la del varón estructura el significado concreto que el género tiene para ellos/ as, lo cual es tan importante como las variaciones que existen entre mujeres de diferentes clases y varones de diferentes clases¹¹.

El cruce entre feminismo y marxismo¹² se convirtió desde el comienzo en fuente de controversias. Un ejemplo de ello se encuentra en los debates sostenidos por la inglesa Michèle Barrett¹³ con quienes señalaron desvíos y debilitamiento «materialista» en sus análisis. Hoy existe cierto acuerdo en que en los tempranos trabajos de las feministas socialistas hay apropiaciones aerificas de las categorías que Marx elaboró para describir una forma histórica particular del capitalismo. El traslado al análisis de las desigualdades de género de categorías determinantes como trabajo y producción, resultó en explicaciones de la opresión basadas mayoritariamente en la tesis de la apropiación del trabajo reproductivo de las mujeres por parte de los hombres. Aunque se desarrollan búsquedas de interés, las prácticas y significaciones relativas a la dimensión cultural, la vida cotidiana, la maternidad, la sexualidad y en especial, el orden del deseo y la subjetividad encuentran dificultades para constituirse en objetos críticos desde esa perspectiva. Finalmente y más allá de la relación conflictiva con el feminismo, están los profundos cambios en el orden político-económico y cultural de Occidente¹⁴, que configuran una complejidad social en la que los sujetos ya no pueden pensarse refiriéndolos exclusivamente a la producción. Para comprender la construcción y funcionamiento de las identidades sociales contemporáneas se requieren desarrollos de la perspectiva materialista en el marco de los estudios culturales y la llamada crítica poscolonial.

Respecto a la intersección entre feminismo y teoría del psicoanálisis, en primer lugar hay que mencionar a la socialista Juliet Mitchell, autora del muy difundido libro *Psicoanálisis y feminismo*¹⁵ en el que desarrolla una defensa de Freud¹⁶, postulando incluso la teoría del inconsciente y de la diferencia sexual como la

¹¹ L. Benerfa y Gita Sen: «Desigualdades de clase y género y el rol de la mujer en el desarrollo económico: implicaciones teóricas y prácticas» en Magdalena León (ed.): Sociedad, subordinación y feminismo, Bogotá, 1982.

¹² En «El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo» (1981) Hartman explica la subordinación de las mujeres como apropiación de su fuerza laboral por parte de los hombres. Otras feministas marxistas son Nancy Harstock, la francesa Christine Delphy, y Catherine MacKinnon, quien caracteriza la dominación en estos términos: «Así como la expropiación organizada del trabajo de algunos en beneficio de otros define a una clase –la obrera– la expropiación organizada de la sexualidad de algunas para el uso de otro define al sexo, a la mujer».

¹³ Autora de *Women's Oppression Today. Problems in Marxist Feminist Analysis*, Verso, Londres, 1980; los debates en *New Left Review* de 1984 y 1985.

¹⁴ La caída de los llamados socialistas, y en particular los cambios en el mundo del trabajo dentro de los márgenes de la «globalización» (pasaje del orden industrial al hoy dominante sector servicios y del desempleo a la exclusión social).

¹⁵ J Mitchell: *Psicoanálisis y feminismo*. Anagrama, Barcelona, 1974.

¹⁶ Muy atacado en el campo intelectual anglo-americano por las primeras y, a juicio de Mitchell, malas lecturas feministas (Friedan, Millet, Greer y la muy adelantada de Simone deBeauvoir).

herramienta conceptual más importante no solo para comprender el funcionamiento del orden patriarcal sino también para revertir la opresión como metodología de concientización. Otra vertiente de los primeros estudios anglo-norteamericanos se basó en la teoría británica posfreudiana de las relaciones objétales, en la que es central el análisis del primer año de vida y la relación entre la madre y el niño. El trabajo de Nancy Chodorow, *La reproducción de la maternidad* (1978) y de otras autoras ubicadas en esta perspectiva, aunque resultaron estimulantes para la producción de análisis, fueron más tarde criticados por la idealización de la relación madre-hijo en la etapa pre-edípica y, sobre todo, la concepción empirista y sociologizante de los procesos subjetivos que evidenciaban, en detrimento de la merecida atención al papel crucial del deseo y el inconsciente en la teoría de Freud. Este es precisamente el énfasis del feminismo psicoanalítico francés, cuyas representantes desarrollan sus análisis en torno al concepto de diferencia sexual como matriz de la subjetividad en lugar de «género», más ligado al enfoque sociológico y cultural, hasta ese momento característico del contexto anglo-norteamericano¹⁷. En Francia, la psicoanalista belga Luce Irigaray, discípula de Lacan, desarrolló primero en *Speculum de l'autre femme* (1974) y luego en *Ce sexe qui n'en est pas un* (1977)¹⁸, una crítica brillantemente fundamentada de los textos filosóficos de la tradición occidental (de Platón a Hegel) en los que la femineidad se piensa sólo como autorreflejo (espejularización) negativa del sujeto masculino. Gobernada por esta lógica masculina de lo mismo, la teoría de la diferencia sexual de Freud –discurso minuciosamente analizado por Irigaray– se basa en una economía de la representación fálica centrada en la visibilidad, en el hecho de que la niña «no tiene nada que dar a ver» en relación a los parámetros visibles de la masculinidad¹⁹.

Irigaray define el orden simbólico como sexualmente indiferenciado, en el que aparecen sólo varones, ya sea que posean pene/falo o no, en cuyo caso son varones castrados o en falta. En consecuencia, las mujeres necesitan construir un orden de la representación y del lenguaje que las reconozca en tanto tales, es decir, reponer una genealogía de la madre (el matricidio es anterior al parricidio descrito en *Tótem y tabú*) que en el futuro pospatriarcal, coexista con la genealogía paterna. Es precisamente en su elaboración de una teoría de la femineidad alternativa a la versión patriarcal cuando esta autora ofrece flancos a la crítica. Se ha observado que cae en el esencialismo «al atribuir una función liberadora a esa femineidad excluida del orden simbólico, por el mero hecho de

¹⁷ El giro deconstruccionista francés llega a Estados Unidos a mediados de los 80 con los trabajos de Shoshana Felman, la revista *French Yate Studies*, Toril Moi, Naomi Schor, Jane Gallop y las traducciones y críticas de Gayatri Spivak.

¹⁸ *Speculum. Espéculo de la otra mujer*, Madrid, Saltes, 1978; a raíz de esta su tesis doctoral perdió su cargo en el Departamento de Psicoanálisis de la Ecole freudienne de Lacan en Vincennes. Su crítica de la filosofía muestra la influencia de Derrida.

¹⁹ La «envidia del pene», entonces es índice de «la imposición del deseo de lo mismo, cuyo garante significativo o significado trascendental sería el falo. El Falo. Si no fuera así, ¿por que no analizar también la 'envidia' de la vagina? ¿O de la matriz? ¿O de la vulva?» (*Speculum...*, cit., p. 54).

estarlo»²⁰. Si la represión de las mujeres es constitutiva del lenguaje y la representación, «¿desde qué planteamiento teórico habla Luce Irigaray al desarrollar su propio discurso teórico sobre la mujer?... ¿Basta *ser* una mujer para *hablar como* mujer? El *hablar* como mujer ¿viene determinado por una *condición* biológica o por una estratégica *posición* teórica, por la anatomía o por la cultura? ¿Y si el *hablar como mujer* no fuera un sencillo hecho *natural*, si no pudiera darse por seguro?»²¹.

De cualquier manera, existe cierto acuerdo entre las teóricas feministas en celebrar el aporte del psicoanálisis en el específico punto de proponer una teoría de la subjetividad en la que se problematizan de una vez las categorías de 'mujer' y 'varón', una visión que sobre todo en la obra de Lacan refuerza la idea de que las identidades no son fijas sino que se construyen y reconstruyen constantemente en el territorio privilegiado del lenguaje.

Como se ha dicho, 'género' es una categoría crucial en la teoría feminista anglo-norteamericana, aunque esta última recibe fuerte inspiración de *El segundo sexo*, texto precursor de Simone de Beauvoir de 1949, en el que desarrolla y fundamenta la novedad de su célebre tesis «No se nace mujer: llega una a serlo»²²; es decir, la identidad 'mujer' como devenir sociocultural de un cuerpo sexuado. Sus ideas movilizaron fugazmente a la recepción europea para reaparecer mucho después del otro lado del Atlántico, en los libros feministas emblemáticos del movimiento de los 60 y 70, como el ya citado *La mística femenina* (1963) de Betty Friedan, *Política sexual* (1970) de Kate Millet, y *La dialéctica del sexo. En defensa de la revolución feminista* (1970) de Shulamit Firestone.

Después de *El segundo sexo*, 'masculinidad' y 'feminidad' perdieron para siempre su carácter de naturaleza autoevidente. Aplicando la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo, Beauvoir ofreció la primera –y aún vigorosa– explicación de la subordinación: el hombre es un tipo humano absoluto, a la vez lo positivo y lo neutro, mientras que la mujer es el término negativo específicamente vinculado al Sujeto como alteridad. Ella es el Otro en un esquema de necesidad mutua, por eso el epígrafe de Sartre al segundo tomo del libro dice «semivíctimas, semicómplices, como todo el mundo».

En 1975, la antropóloga Gayle Rubin señaló las limitaciones del concepto de patriarcado por referir a un modo específico de dominación masculina, basado en el modelo original del pastor nómada del Antiguo Testamento. En un muy difundido ensayo propuso entonces un concepto más abarcador, *sistema sexo / género*, es decir, «el conjunto de las disposiciones por las que una sociedad dada

²⁰ De la excelente «Introducción» de Silvia de Tubert en J. Flax: *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*, Cátedra, Madrid, 1995, p. 27; v. tb. Silvia de Tubert: *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. El Arquero, Madrid, 1988.

²¹ Shoshana Felman, cit. en Toril Moi: ob. cit., p. 147.

²² Simone de Beauvoir: *El segundo sexo*. Tomo II, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1977, p. 13.

transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, más allá del modo concreto e histórico en que esas disposiciones se organicen»²³. Durante bastante tiempo la noción de 'sistema sexo/género' reprodujo lo que más tarde se vio como un obstáculo, es decir, el funcionar en los análisis como «superestructura», como una dimensión ideológica operando en forma separada de los procesos sociales fundamentales. Al mismo tiempo surgieron críticas al carácter «dado» que el sexo y lo corporal adquiere en la inevitable equiparación de sexo/género con naturaleza/cultura. Siguiendo a Foucault, se llamó la atención acerca del carácter socialmente producido del saber sobre 'sexo' y 'cuerpo' e incluso 'naturaleza' y el hecho de que ese saber inevitablemente toma la forma histórica de discursos inscriptos en redes de poder.

Aunque desde un abordaje que alcanza menores decibeles de radicalidad feminista, la historiadora Joan Scott coincide cuando define 'género' no como una variable a incluir en las explicaciones sociológicas sino como una manera primaria, recurrente y persistente, pero no la *única*, de significar relaciones de poder en Occidente, en las tradiciones judeo-cristianas e islámicas²⁴.

En esta perspectiva, los resultados de muchas investigaciones feministas que buscaron denunciar el sexismo, realizadas con la urgencia inicial de credibilidad, aparecen hoy funcionando como ilustraciones, es decir, objetos o campos de estudio de aquellos lugares donde se descubriría el cumplimiento, la emergencia o actualización de una forma universal de opresión concebida como a priori, llámese patriarcado o dominación masculina. Hoy se intenta superar esta etapa, dejar en suspenso la problemática ligada a la causalidad y «preguntar más cómo pasan las cosas para saber por qué pasan» como sugiere Scott con lúcida sencillez²⁵.

Justamente, Simone de Beauvoir había partido de la aparente simpleza de una pregunta –«¿Qué es una mujer?»– para lanzar su crítica a la identidad femenina tal cual se ofrecía al sentido común y a la *episteme*. Pero desde principios de los 80, la interrogante se vuelve, como hemos dicho, sobre el propio discurso: ¿qué estamos diciendo cuando decimos *nosotras, las mujeres*?

Implusión

En este preciso punto de inflexión se produce la convergencia de intereses entre la teoría feminista y la producción crítica de la modernidad, entendiendo por ello lo que se conoce como el posestructuralismo, la crítica deconstructiva y la llamada filosofía posmoderna. Una coincidencia que no es casual si se considera el carácter metateórico del saber feminista en tanto crítica de los paradigmas

²³ Gayle Rubin: «El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo» en *Nueva Antropología* vol. 8 N° 30, México, 1986, p. 97.

²⁴ Joan Scott: «El género: una categoría útil para el análisis histórico» en María Cecilia Cangiano y Lindsay DuBois (comps.): *De mujer a género*, Cedal, Buenos Aires, 1993; es traducción del cap. 2 del influyente libro de Joan Scott: *Gender and the Politics of History*, Columbia University Press, Nueva York, 1988.

²⁵ J. Scott: ob. cit., p. 34.

dominantes del conocimiento occidental. En ambos términos de la alianza aparece la insistencia en hacer visible el compromiso de todo discurso científico con el poder y la historia.

Representante destacada de esta perspectiva, la teórica feminista Judith Butler –de quien se afirma que exhibe «genio para la insubordinación»– se pregunta por la construcción política de la entidad «mujeres» en el discurso emancipatorio feminista. Sostiene que el surgimiento en los 80 de las voces feministas disidentes constituye el «retorno» de las identidades excluidas en el sujeto político del movimiento (y de la teoría) tal como se estableció en los 60, lo cual obliga a la revisión de todos los presupuestos que desde entonces se reproducían en forma acrítica. Perseguir el referente de la categoría 'mujer' se considera ahora una actividad frustrante:

Si una «es» una mujer, eso no es seguramente todo lo que una es; el término fracasa en su pretendida exhaustividad ... porque el género no está siempre coherentemente o consistentemente constituido en diferentes contextos históricos sino que se intersecta con modalidades de identidades discursivamente constituidas que son raciales, de clase y regionales. En consecuencia, se hace imposible separar 'género' de las intersecciones políticas y culturales en las que es invariablemente producido y mantenido.²⁶

Si lo femenino siempre significó la parte en desventaja dentro de una diferencia jerarquizada, o, lo que ha resultado lo mismo, dentro de una serie de oposiciones binarias: varón/mujer, cultura/naturaleza, instinto/razón, la crítica posestructuralista sostiene que la única salida es negarse a estabilizar una identidad²⁷.

En su crítica al pensamiento occidental, Jacques Derrida señala como algo característico de la filosofía el hecho de que siendo sin duda escritura, siempre se ha negado a verse a sí misma como tal. Este rechazo del significante aparece ligado a la voluntad de resolver de una vez el problema de la verdad y del sentido. Terminar con la escritura es escribir una verdad y un sentido de una vez por todas acerca de algún problema. Esta tendencia dominante en la filosofía consiste en lo que Derrida llama *logofonocentrismo*, una relación necesariamente inmediata y natural del pensamiento (dogos que es verdad y sentido) con la voz (*foné* que dice el sentido)²⁸. A su vez, Derrida señala la estrecha solidaridad entre logocentrismo y falo como «significante privilegiado» (Lacan), cuya prerrogativa consiste en declararse rúente soberana, autor-guardián del origen y del sentido unívoco del

²⁶ Judith Butler: *Gender Trouble. Feminism and the Subversión of Identity*, Routledge, Nueva York, 1990, p. 3.

²⁷ La primera en afirmarlo fue Julia Kristeva: «La creencia de que 'se es una mujer' es casi tan absurda y oscurantista como la creencia de que 'se es un hombre'... una mujer no es algo que se pueda 'ser'; no pertenece siquiera al orden del ser... Por 'mujer' entiendo lo que no se puede representar, lo que no se dice, lo que queda por encima y más allá de nomenclaturas e ideologías» («La Femme, ce ne est jamais ça» en *Tel Quel* N° 59, 1974, p. 20.

²⁸ V. Cristina de Peretti: «Entrevista con J. Derrida» en *Debate Feminista* N° 2, 9/1990, México, pp. 281-291; v. tb. Jonathan Culler: *Sobre la deconstrucción*. Cátedra, Madrid, 1992.

texto. Por lo tanto propone hablar de *falogocentrismo* expresando de ese modo la indisociabilidad de los términos²⁹.

Así como dentro de la pareja habla/escritura, el primer término mantiene su privilegio –no lógico sino histórico– basado en la secundarización del otro, que se presenta como incompleto, derivado, accidente, del mismo modo ocurre con otras dicotomías (presencia/ausencia, identidad/diferencia, alma/cuerpo, etc.), entre las cuales hombre/mujer es el binarismo devenido objeto crítico de la lucha feminista, debido a que su estructura jerárquica tiene valor central en el orden simbólico falocéntrico³⁰.

El objetivo de una lectura deconstructiva feminista consistiría entonces en revelar –en distintas formaciones discursivas como el psicoanálisis, la historia, la literatura, la ciencia y la filosofía– la constitución histórica del par masculino/femenino, la interdependencia entre los términos. Dar cuenta como la feminidad sostiene la centralidad del falocentrismo y luego desplazar el término subordinado colocándolo por fuera del binarismo de modo tal que eluda convertirse en condición de posibilidad del término dominante. Independientemente de que se reconozcan o no como deconstruccionistas, existe acuerdo entre varias teóricas feministas (Butler, Scott, Alcoff, Lauretis, Fraser y Braidotti) en que el verdadero desafío para los feminismos contemporáneos consiste en obtener lecciones políticas del estimulante tembladeral teórico: ¿cómo construir la enunciación política que eluda reproducir aquello que critica?; ¿cómo apartarse de las fórmulas victimizadoras en discursos y consignas?; ¿cómo eludir la red de nociones androcéntricas disponibles al reclamar por la justicia en las relaciones sociales de género?

Derrida sugiere apostar a una doble estrategia que asuma las contradicciones, consistente «por un lado en no abandonar el combate feminista en su forma clásica, aceptar, en ciertas condiciones, en cierta fase, teniendo en cuenta que a menudo se basan en presupuestos falocéntricos. Por otro lado: es preciso seguir cuestionándose esos presupuestos»³¹. Según Scott, la crítica deconstructiva «nos permite ser críticas/os en cuanto a cómo se expresan

²⁹ «Para la ley el patronímico mantiene idéntico el ego trascendental de la dinastía. En virtud del nombre del padre, el hijo se refiere al padre. En esta situación la importancia irreductible del nombre y la ley, deja bastante claro que no se trata meramente de un problema de conducta psico-socio-sexual, sino de la *producción y consolidación de referencia y significado*. El deseo de hacer que nuestra progenie represente la presencia del padre está emparentado con el deseo de hacer que nuestras palabras representen el significado pleno de nuestra intención» (Gayatri Spivak: «El desplazamiento y el discurso de la mujer» en *Debate Feminista* N° 9, México 3/1994, p. 151).

³⁰ En *Espolones* (1978) Derrida lee la presunta misoginia de la escritura filosófica de Nietzsche en donde encuentra que la mujer ocupa al mismo tiempo el lugar de la verdad y su contradicción, la no-verdad, de la autenticidad y al mismo tiempo la simulación. De modo tal que la mujer es otra figura para *différance* (juego sistemático de diferencias) el mecanismo que deshace y desarma la «decidibilidad ontológica». Aunque Spivak ha traducido la obra de Derrida jugando un rol central en la difusión de su pensamiento en EEUU, critica la tendencia de esta corriente a anunciar su propio desplazamiento situando a la mujer como «figura de desplazamiento» (G. Spivak: ob. cit.).

³¹ C. de Peretti: ob. cit., p. 286.

comúnmente las ideas que queremos usar, críticas/os en cuanto a la forma en que se exhiben dichas ideas dentro de esquemas de sentido que pueden estar subvirtiendo los fines que queremos alcanzar».

Polémica

La convergencia de la teoría feminista con la crítica posmoderna dio lugar a una discusión que continúa vigente, centrada sobre todo en las consecuencias políticas de una deconstrucción de la subjetividad femenina. Una de las resistencias más destacadas es la que ofrece Seyla Benhabib³², quien si bien reconoce la necesidad de revisar e incluso abandonar algunos de los presupuestos que rigen la tradición filosófica occidental (el sujeto falsamente universal, los «grandes relatos» de la historia) al mismo tiempo considera que las «apropiaciones feministas de Nietzsche», en su relativismo y en el socavamiento de los ideales modernos, conllevan en el plano político una renuncia a la utopía o «principio regulativo de esperanza». En su opinión, el proyecto emancipatorio feminista requiere autolegitimarse sobre la base de un imperativo prácticomoral y desde unos presupuestos filosóficos de orden elevado –por encima de los conflictos culturales– para así poder dar respaldo de genuina validez a las acciones de los movimientos de mujeres. Considera perjudicial el «reflejo» posmoderno de considerar esencialista cualquier intento de formular una ética feminista, sobre todo un concepto feminista de autonomía y personalidad conciente³³.

Por su parte, Nancy Fraser³⁴ pone bajo sospecha la preferencia de autoras como Butler por términos como ‘re-significación’ en lugar de ‘crítica’, ya que ve en ello una tendencia a indiferenciar el valor (positivo/negativo) del cambio social. A pesar de estas reservas, ella y Linda Nicholson intentan conciliar lo mejor de las posturas francfortianas y foucaultianas por medio de lo que denominan «crítica social sin filosofía». Pragmática y falibilística, esta crítica se encontraría en curso de formación en la tendencia generalizada hacia los estudios localizados, los análisis de los discursos que construyen la diferencia sexual en su diversidad cultural e histórica y las marcas de un cierto rechazo: el de un discurso trascendente que pretenda postularse como medida de validez para todos los otros discursos.

Para estas autoras, posmodernismo y teoría feminista presentan afinidades, pero mientras que el interés del primero partió de criticar el estatuto de la filosofía para luego eventualmente derivar una débil crítica social, para las feministas sucedió a

³² Trabaja en Harvard y es representante del feminismo enraizado en la Teoría Crítica de Frankfurt, de orientación habermasiana; autora de *Situating the Self, Gender, Community and Postmodernism in Contemporary Ethics*. Routledge, Nueva York, 1992.

³³ Seyla Benhabib: «Feminismo y postmodernismo: una alianza difícil» en *Feminaria* N° 14, 6/1995, Buenos Aires, pp. 22-28. Allí polemiza con las posiciones de Judith Butler que se han esbozado más arriba.

³⁴ Feminista socialista norteamericana, autora de *Unruly Practices. Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1989.

la inversa, ya que «el problema de la filosofía siempre estuvo subordinado al interés por la crítica social»³⁵. De todas maneras, el encuentro resulta estimulante por la posibilidad de cruzar los distintos énfasis de cada corriente de pensamiento, conciliando lo que una permite iluminar de la otra. Ya que el sexismo se encuentra tan extendido en las sociedades contemporáneas y ello como producto de una larguísima historia, la práctica de los feminismos no tiene por qué abandonar los análisis de macroestructuras sociales siempre que la crítica resulte, en cada caso concreto, implementada por medio de categorías «provistas de una genealogía, es decir, enmarcadas por una narración histórica y convertidas en instrumentos temporal y culturalmente específicos»³⁶.

El feminismo académico

¿Una contradicción en sus términos? Así parece, si se tiene en cuenta el esbozo de un camino en donde las razones del conocimiento aparecen indisolublemente ligadas a las razones políticas y éticas: saberes de género para una vida social más justa. De modo que la inscripción de los estudios feministas como áreas o centros de investigación en universidades cargadas de tradiciones que reproducen estructuras de poder hegemónicas, no puede ser sino compleja y contradictoria tanto en el plano institucional como en el personal. En este último aspecto, ¿cómo ser consecuentes con lo aprendido en los libros, en la experiencia del movimiento de mujeres y en los espacios feministas extra-académicos?; ¿cómo construir individuación y autonomía como mujeres a partir de esa paradójica inscripción de unas ideas libertarias, justicieras y emancipatorias en el marco de una institución que se organiza en torno a las jerarquías y a la competencia? Prácticas académicas que funcionan según unos esquemas alejados de la lógica del reconocimiento recíproco como la del «encuentro feminista» o la producción del «colectivo feminista» y sí propicias para la construcción de poder entendido como control y dominio de unos sobre otros, de unos sobre otras y también, no hay que olvidarlo, de unas sobre otras.

Este planteo no impide acordar en que el conocimiento progresa en una atmósfera de polémica, no en la autocomplacencia o en la identidad de género y que su construcción implica desde ya la diferencia, la disidencia e incluso los antagonismos. Difícilmente la confrontación sea un obstáculo, lo que sí merece un alerta es el control de las confrontaciones.

Respecto a la producción de conocimiento en el marco de los estudios de género, entre los aspectos más problemáticos de la inserción institucional de esa práctica figura lo que podríamos llamar la cuestión de la «cientificidad». Las observaciones críticas parecen orientarse en un doble sentido: por un lado se señala el manejo de proposiciones *a priori* como la de sostener como punto de partida la existencia

³⁵ «Crítica social sin filosofía: un encuentro entre el feminismo y el posmodernismo» en Linda Nicholson (comp.): *Feminismo / posmodernismo*, Feminaria Editora, Buenos Aires, 1992, p. 8.

³⁶ *Ibíd.*, p. 26. La genealogía de nociones como por ejemplo 'derechos reproductivos', 'maternidad' o 'aborto', por citar un campo discursivo de gran injerencia política.

de la desigualdad de género en nuestras sociedades. Al mismo tiempo, se cuestiona la perspectiva política asumida que, se sabe, no necesita ser explicitada para advertirse y se encuentra muy expuesta, por ejemplo, en los análisis en torno a objetos como «aborto».

Más allá de la debilidad persuasiva personal del investigador o investigadora en la demostración y exposición de los resultados de análisis, estos datos hablan por un lado de la inestabilidad de las categorías en el marco «en construcción y reconstrucción» de la teoría feminista. Pero sobre todo hablan de un problema de legitimación y del todavía enorme peso de los procesos de naturalización en lo que se refiere a las relaciones sociales de género. Sólo así puede explicarse el que se vuelva invisible el carácter constitutivo y político de este componente del funcionamiento social aun para el observador científicamente entrenado en el registro de otro orden de desigualdades como las de clase –que como es sabido constituye un *a priori* que no admitiría contestación ni para el cientista social más integrado al sistema. La resistencia de la ciencia tradicional a reconocer la intervención del mundo en la producción de conocimiento ha sido desarrollada por diversas corrientes de pensamiento. Agnes Heller plantea que el «conocimiento verdadero» en las ciencias sociales sólo es tal si «hace impacto sobre la auténtica existencia de una persona o grupo, si esta persona o grupo reconoce algo en este 'conocimiento verdadero', si afecta sus vidas, proyectos, esperanzas, temores, prácticas cotidianas, gustos,... si hace que las personas perciban algo que no habían percibido hasta entonces, si cambia sus vidas, entonces y sólo entonces revelará Verdad para ellas»³⁷. Heller propone que las ciencias sociales traduzcan –e incorporen a su proyecto de crear significado y contribuir al autoconocimiento– este componente subjetivo de la verdad, aquello que en la vida cotidiana se entiende por verdad, es decir, «verdad-para-mí» porque afecta mi existencia.

Precisamente es el componente subjetivo de «la verdad» el que siempre se ha puesto en juego en la teoría feminista y el que ha resultado fuente de malestares en la academia. Allí apunta la propuesta de Donna Haraway³⁸ de una *objetividad feminista*, alternativa tanto a la ciencia tradicional como al relativismo total de cierto posmodernismo, una forma irresponsable, este último, de no estar en ningún lado, pretendiendo estar en todos. Provocativamente, Haraway sostiene que la única perspectiva capaz de cumplir con la promesa de una visión objetiva es la perspectiva parcial. Porque la objetividad feminista no consiste en la falsa visión que promete trascendencia de todos los límites y responsabilidades, sino que consiste en objetividad encarnada y por eso responsable, *conocimiento encarnado* que si es riguroso permite responder por lo que conocemos. Desechar el sujeto de conocimiento trascendente y desencarnado significa al mismo tiempo favorecer la

³⁷ «De la hermenéutica en las ciencias sociales a la hermenéutica de las ciencias sociales» en A. Heller y F. Feher: *Políticas de la posmodernidad*. Península, Barcelona, 1989, p. 86. La autora lamenta la existencia de un malentendido en las ciencias sociales, un proyecto que confundió la búsqueda del conocimiento verdadero con la imposible búsqueda de una verdad absoluta.

³⁸ Donna Haraway: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra, Madrid, 1991, p. 324. Bióloga feminista norteamericana cuyos análisis cruzan historia de la ciencia, epistemología, ciencia ficción y crítica cultural.

producción de saberes situados, que «requieren que el objeto de conocimiento sea presentado como un actor y como un agente, no como una pantalla o un terreno, nunca como un esclavo del amo que cierra la dialéctica en su autoría de conocimiento 'objetivo'».

Es por eso que, como sucede en el trabajo citado de Heller, finalmente los problemas epistemológicos llevan a la cuestión ética que en Haraway consiste en evitar usar el distanciamiento del sujeto cognoscente de todas las cosas como excusa para ejercer dominio. La mirada no marcada de la ciencia del Hombre Blanco, como la llama, es la que garantiza objetivismo como privilegio de *ver sin ser visto*.

¿En qué consiste la parcialidad del sujeto de saber feminista? El yo que conoce es parcial en el sentido de inacabado, nunca total como el sujeto cognoscente autoidéntico de la ciencia dominante. Siempre en construcción y hecho de distintos fragmentos, de este modo se encuentra capacitado para ver junto al otro, desde la posición del otro, en conexión *parcial* con cualquiera de las posiciones estructuradas por el género, la raza, la nación, la clase. Única forma ética de producir saber científico y no reflejos identitarios de un sujeto omnisciente.

Si cambia sus vidas...

Preguntando por el lugar de los estudios feministas en la academia tradicional y por las posibilidades de un sujeto de saber menos altivo, se llega finalmente a la pregunta por el sentido de la teoría feminista.

Teresa de Lauretis se aparta del posestructuralismo –del cual al mismo tiempo se sirve– para localizar la especificidad del aporte feminista. Recuerda que «la noción de experiencia, en relación tanto con las prácticas sociales-materiales como con la formación y los procesos de la subjetividad, es un concepto feminista, no posestructuralista... una teoría de las relaciones entre la experiencia, el poder social y la resistencia es precisamente una posible definición de la teoría feminista y no de la posestructuralista, ... pues esta última no considera la noción de experiencia dentro de su horizonte conceptual o de sus presupuestos filosóficos»³⁹.

La búsqueda de referencia en las *vidas* –las piedras del muro de La Ciudad de las Damas– y en *lo vivido* por los sujetos en tanto sexuados, el interés en vincular subjetividad y poder, cuya relación crucial se encuentra concisa y eficazmente representada en la temprana consigna 'lo personal es político', todo ello es parte sustancial de un aporte específico.

³⁹ T. de Lauretis: «La esencia del triángulo» en *Debate Feminista* N° 2, 9/1990, pp. 77-115, p. 85; en este ensayo la importante teórica feminista, profesora en la Universidad de California, Santa Cruz, estudia la experiencia de las feministas italianas quienes sin «miedo al esencialismo» desarrollaron una «teoría de la diferencia sexual» fundiendo con ironía las categorías del posestructuralismo con los textos clásicos del feminismo anglo-norteamericano.

A lo largo de sus ensayos, Lauretis ofrece nuevas respuestas a la pregunta por la entidad *mujer*. Se define por ser la que se encuentra ausente de –y a la vez capturada por– el discurso y la representación, aquella de la que se habla constantemente pero que aún no logra adueñarse completamente de su lugar de enunciación, un sujeto que es al mismo tiempo afirmado y monitoreado, paradoja que en la materialidad social se traduce en penurias psíquicas y desajustes múltiples.

¿De qué se han venido ocupando las teorías y prácticas feministas en las últimas décadas? Para Lauretis el proceso se puede sintetizar señalando que el feminismo con sus intervenciones ha provocado un cambio de hábitos culturales y que esos formidables cambios en el plano de la semiosis social, que tuvieron lugar a partir de la constatación de la injusticia en la «carne propia» de las damnificadas –como le sucedió a la atribulada dama de De Pisan– han producido la novedad de las mujeres.

Estimulante producción de un nuevo tipo de subjetividad sexuada que en lo social y en la teoría continúa el desafío y la originalidad de una búsqueda, partidaria, sí, pero en beneficio del conjunto.